LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

Editora: Doña Guadalupe Gutiérrez de Joseph

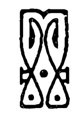
DIRECTOR	ADMINISTRADOR	TESORERO
D. FRANCISCO ROVIRA	D. LUIS GARCÍA LORENZANA	D. MÁXIMO MAESTRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA:	Un semestre	3 ptas.	EN MÉXICO	Un trimestre	0,75 pesos
	Un año	6 »		Un semestre	1,50 »
				Un año	3,00 »

Para los demás países de habla española el precio será de un dollar y cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

= NÚMERO SUELTO, 60 CTS. =



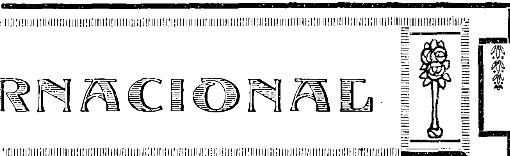
Año I. • Número 9 Mes de noviembre de 1928

SUMARIO

OTRA. Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia a la Redacción de esta Revista, Sierpes, 78, SEVILLA





EL AMADO ESTÁ EN TODO

Uno tan solamente somos
Mi bien Amado y yo,
Yo he surgido de él, y en él aliento,
Sin él soy cual la nube
Que vaga eternamente
Sin encontrar un punto de reposo.
En él mi gloria está y está el descanso,
Toda cosa está en él y yo también
Existo en toda cosa.

Amigo, puedo hablarte de la senda
Que lleva del Amado al corazón;
Porque el Amado soy, uno tan solo
Somos los dos, mi bien Amado y yo.
Como la gota de rocío en los mares
Entra y se funde, con mi bien Amado
Llegué a fundirme yo.

Él está en todo, y todo cuanto existe,
La diminuta brizna de la hierba,
Que el hombre huella con su pie al andar,
El árbol extendido y gigantesco
Que al verduzco reptil su abrigo da;
La voladora mosca fastidiosa,
El hombre que pregona golosinas,
El ave que deleita con su canto,
El temeroso león que causa miedo
Del bosque entre el espeso corazón,
El bárbaro sencillo y primitivo
Y que el blanco orgulloso despreció
Y el hombre que en su gran sabiduría
A tantos da cabal satisfacción;
Como el adorador de muchos dioses
Que vaga sin cesar de un templo a otro
En el Amado tienen su existir.

La vida es una como somos uno.
Tan solamente el bien Amado y yo,
Hay un solo camino que conduce
Del bien Amado hasta su corazón,
Y ese camino cruza por ti mismo
A través de tu propio corazón,
De ese sendero voy a hablarte, amigo.
Las formas de su manifestación
Son múltiples, pero hay sólo una senda
Que lleva del Amado al corazón.

En un tiempo las leyes, obediente,
De los mundanos dioses acaté
Y las sendas que van a sus santuarios
Muchas veces hollé
Y allí quedé en su autoridad pequeña
Prisionero, mas luego me impulsó
Hacia adelante a andar, del descontento
La furia y nunca me dejó
Descansar al cobijo de los templos.
Y cual se va desde un lugar a otro
Buscando ese consuelo sin final
Yo vagué por doquiera rechazando
La soporífica felicidad
Hasta que al fin de la jornada supe
Abrir de par en par el corazón
Y me encontré con el amado Bien.

Y muchos te dirán que hay diferentes
Labores y caminos a seguir

Para llegar muy cerca del Amado.
Muchas maneras hay y muchas vías
Pero todas se funden en un solo
Sendero, pues, para ir al corazón
Del Amado tan solamente hay uno
Y yo de ese sendero te hablaré.

Si quieres descubrir al bien Amado
Que eternamente está morando en mí
Debes abandonar todos tus dioses,
Tus consuelos, tu parva autoridad,
Has de limpiarte del orgullo necio
De tu conocimiento poco y ruin,
Tu mente y corazón han de ser puros,
Tus camaradas has de abandonar,
Tus amigos, familia, padre, madre,
Hermana, hermano, abandonar también,
Todo lo has de dejar y destruyendo
Completamente el yo, podrás hallar
Al Amado, al Amado celestial.

Tú no caminarás a la luz torpe
De una vela ruin si yo te doy
El claro luminar del bien Amado.
Y te digo, en verdad, yo soy con él
Uno tan solo y el camino sé.
Ven, amigo, que quiero conducirte
Adentro de mi propio corazón
Porque allí mora siempre el dulce Bien.
Tal vez encuentres múltiples reflejos
De evanescente y pálido alumbrar

Pero yo, amigo, la verdad poseo
Y de ella te daré, que es eternal.
¿Por qué en tu corazón tienes la duda?
¿Eres feliz entre las sombras, di?
¿Los hombres hante dado el alimento
Que haya logrado tu hambre apaciguar?
Juegas junto a los ríos, pero eso sólo
No apagará tu abrasadora sed.
¿Estás contento con vivir, amigo,
Entre aquello que está en putrefacción?

Mi corazón en plenitud de amores
Está por ti, si vienes a mi vera,
Te daré del amor que nunca muere,
Del amor que no sufre alteración,
Porque mi bien Amado y yo tan sólo,
Somos uno los dos.

Yo vengo a ti surgiendo del Amado,
Te contaré cómo es la senda oculta
Que yace dentro de su corazón,
Yo te abriré la puerta que da acceso
A la morada de mi amado Bien.

El valle envuelto está entre la tiniebla
De una nube de densa obscuridad
Y yo morando estoy en las alturas
De la montaña azul, bañada en luz
Porque mi Amado y yo tan sólo
Somos uno los dos.

J. KRISHNAMURTI

LA AVENTURA ESPIRITUAL

POR CLAUDE BRADGON

Paráfrasis libre de la filosofía de Krishnaji, según Claude Bragdon se la oyó exponer en una conferencia que dió en Nueva York en abril de 1928

En tiempos pasados, el que aspiraba a la libertad y a la iluminación espiritual, íbase al monasterio, a la selva o a la montaña para llevar allí la vida retirada del asceta. Hoy día, las cosas deben ir de otro modo, pues no hay un lugar que permanezca a salvo de una clase u otra de invasión; además, este alejamiento del mundo tampoco es necesario, ni aun aconsejable. Debéis hallar *en vosotros mismos* la celda, gruta o selva donde poder retiraros en momentos consagrados, mientras vivís la vida ordinaria de todos los días, bajo las condiciones impuestas por el deber o la necesidad.

El propio dominio y la comprensión de la vida son cualidades necesarias para la iluminación espiritual, y estas cualidades pueden adquirirse por medio del vivir. No la rehuyáis, por lo tanto, ni temáis aventuraros y pasar experiencias, exponiéndoos a riesgos, si fuese necesario, venciendo vuestros temores al darles la cara con valor. Si confiáis en la vida, en lugar de temerla, hallaréis que la vida os sostendrá por sí misma. El nadador que se asusta del agua y lucha frenético por escaparse, es probable que se ahogue; mientras que, por el contrario, tiene confianza en el poder del agua para sostenerlo, cuantas veces se sumerja en ella, tantas otras saldrá a la superficie.

La religión es un refugio para estos terrores humanos y un consuelo para los desengaños y maldades de la vida; vosotros, empero, debiérais estar libres de estos terrores y cuando lleguéis a comprender la vida de un modo verdadero, no sentiréis ya más decepciones, ni tendréis necesidad de más consuelos.

La religión proporciona el mismo sostén que la muleta al lisiado; pero, después de todo, el ser cojo no es una condición natural del hombre. La filosofía es un juego de la mente que os mantiene jugueteando con ideas sobre la vida, en lugar de decidiros a la acción hacia la liberación. Puede, pues, que a veces la religión y la filosofía sirvan de obstáculo en lugar de ayuda, puesto que son cristalizaciones, formulismos, heredados del pasado. El sectario parécese al hombre que bloquea todas las ventanas de su casa, menos una, y que, por supuesto, sólo puede ver lo que suele pasar ante aquella particular abertura. No miréis ya más a través de ninguna ventana determinada; salid al campo abierto; no edifiquéis más edificios para confín de vuestro espíritu; no hagáis nuevas religiones, ni formuléis flamantes filosofías. *¡Vivid!*

El conocimiento es la cosecha de la mente, pero no es sabiduría, que sólo consiste en la verdadera comprensión. Ésta se adquiere con la educación del corazón, mediante el desarrollo de los afectos. Amad a cuantos y cuanto podáis tan desinteresadamente como os sea posible, pues la forma de amor más elevada es desapasionada, o llámese apasionada bondad. Si exigís que se os dé algo a cambio de vuestro amor, es como si pidiérais el pago de vuestro regalo; si os sentís celoso y dueño, envolvéis a quienes amáis con invisibles cadenas. Es este el disfraz que adopta vuestro amor propio para engañaros aun a vosotros mismos. No desacreditéis, pues, al amor por el tormento que vosotros mismos os infligís, ni abjuréis de él, porque vosotros mismos hayáis sido parcos en magnanimidad. Purificad vuestra mente y vuestras emociones, como un medio de protegeros contra los lobos de vuestras propias pasiones. Regulad vuestros pensamientos, transmutad los sentimientos, buscándoles una bella expresión que no os dañe a vosotros ni a nadie y que sean aun de efecto bienhechor. Los deseos suprimidos generan venenos orgánicos y psíquicos, mientras que la acción y la expresión conservan sin mácula la pristina pureza de las aguas en el sacro manantial, y la sabiduría y la superioridad se alcanzan con las experiencias y reacciones que una vida de acción inteligentemente aplicada acarrea.

Viviendo abierta, intrépida y rectamente—y en cuanto sea posible, benéficamente—, llegará un tiempo en que tendréis que rebelaros. Asegu-ráos, no obstante, de que os rebeláis solamente en contra de aquello que os niegue la libertad de pensamiento y acción necesaria a vuestro yo consciente; tradiciones anticuadas, convenciona-lismos y reglas morales compuestas por los hom-bres, las cuales, como los fantasmas de los muer-tos, todavía asustan y tiranizan, por más que haya pasado su época hace mucho tiempo. La rebeldía es una necesidad del progreso, si bien debiera ser serena, impersonal e inteligente, sa-biendo, además, por qué y contra qué os re-beláis.

A la par que vayáis creando, de este modo, vuestro único mundo de experiencia, esforzáos siempre por mostraros sencillos, no en la senci-llez de la rusticidad, sino en la de la cultura. Esta no estriba, precisamente, en la mera destre-za intelectual; es la síntesis que cada cual puede hacer de cuanto haya aprendido, sentido y expe-rimentado. De esta culta sencillez es hecha la flor final; hállanse detrás de ella los cataclismos del alma y las acumulaciones de la sabiduría, del mismo modo que detrás de la sencillez de una hoja se nos revelan los grandes cataclismos cós-micos y geológicos.

Todo el mundo aspira y lucha por alcanzar la *felicidad* y, de un modo parecido al animal que se dirige a lo que es bueno para él, por sus gus-tos y aversiones instintivas, este deseo de felici-dad puede convertirse en el hilo que os guíe a través del laberinto de la vida. Para esto, menes-ter será que vayáis aprendiendo a abjurar gra-dualmente del placer que sólo dura un instante, que muere en la saciedad, que se transforma en lo opuesto, en beneficio de aquellos placeres más serenos y soportables inherentes a una vida altruísta e impersonal. Para exponerlo figurati-vamente, debiérais escardar en vuestro cuidado jardín las plantas de los placeres fugitivos, que mueren con los primeros fríos, y plantar, en su lugar, aquellas plantas vivaces y fuertes que no se afectan por los vientos del azar, ni por las nieves de la adversidad. Procediendo así, llegará la hora en que, habiendo saboreado y probado alegrías y penas sin cuento, columbraréis una felicidad que, una vez alcanzada, podréis otorgar a los demás. La expresión *unidad del ser*, sirve, a la vez, para nombrar esta felicidad y para defi-nir su necesaria condición.

¿Cómo podrá realizarse esta unidad del ser? Tan sólo mediante la purificación, desarrollo y armonización de las naturalezas física, mental y emocional, de suerte que no se entrometan, ni anulen unas a otras, como corceles indómitos que tiran por caminos diferentes, sino que, por el contrario, trabajen *conjuntamente,* obrando como *uno*. Requiérese para esto aquel género de habilidad y talento que pertenecen al artista, pues la función del arte es la realización de la unidad fuera del caos y la diversidad, llevando todos los elementos a una tal relación orgánica con los demás, que pueda resultar de ella la belleza. Para el establecimiento de esta unidad del ser es esencial la libertad, pues donde haya prohibiciones habrá inhibiciones, y donde haya supresiones, habrá también auto-represiones, y estas cosas son fatales para el establecimiento de la armonía dentro de uno mismo. No obstante, la libertad que necesitáis en más alto grado, es la libertad interna, cosa que ninguna ley, ninguna persona, ni ningún poder puede negar a nadie. El proceso de armonización es doble: hacer la vida interna del pensamiento y de la acción equi-valentes a las demandas del yo íntimo, magná-nimo e impersonal, y ajustar la vida de externa acción al armazón social, de acuerdo con estas nuevas exigencias. Si una de estas dos cosas fuese acabada en perfección, la otra también lo sería.

Haced de vuestra vida un objeto de belleza, reconoced lo posible de su infinita perfectibilidad y tomad vuestra evolución en vuestras propias manos, pastoreando con vuestra voluntad vues-tras débiles, indómitas e ignorantes personalida-des hacia el redil de vuestro espíritu.

La fortaleza y sabiduría necesarias para hacer esto serán vuestras a medida que progreséis, puesto que las ovejas son a un mismo tiempo el pastor y el redil y el que sigue el sendero es en sí mismo el sendero.

La armonización de la trina naturaleza da be-lleza a la vida y unidad de ser, cosas que llevan a la *unión*. La índole y los resultados de esta unión son inexpresables; es algo que sólo puede reali-zarse y no puede ser descrito, ni relatado. Puede compararse alegóricamente a la unión amorosa del hombre y la mujer, por ser éste el más perfec-to símbolo de la identificación del yo personal con su divina contraparte. Hásele denominado con el nombre de Nirvana y también con el de Cielo. Es el Reino de la Felicidad.

LA CONQUISTA DE LA ILUSIÓN (1)

Conferencia dada por el Dr. J. van der Leeuw en el campo de la Estrella, Ojai, 1928

Quisiera ir con vosotros hacia un viaje de exploración y de descubrimiento. Hemos de descubrir un nuevo mundo, nuevo para muchos de nosotros, un mundo de realidad, de vida. No podéis descubrir este mundo por el mero hecho de escuchar a un orador; para ello es necesario que vayáis con él a ese viaje de descubrimiento, llevando arrestos de aventura. Si el mundo no es para vosotros más que una cosa vulgar y ordinaria, si la vida se os antoja estúpida, si fuéseis de aquellas gentes infelices que se cansan de la vida a menos que les sea dable encontrar cada día sensaciones nuevas y nuevas emociones, ese viaje no sería para vosotros. Si perteneciérais a aquella clase de seres, mayormente infelices, que se han formado un criterio tal de la vida que ésta ya no puede tener para ellos ulteriores misterios, tampoco podríais venir a ese viaje de descubrimiento. En cambio, si para vosotros el mundo está lleno de misterios, si experimentáis en torno vuestro la sensación de lo desconocido, de la gran vida, por todas partes, venid, entonces, a ese viaje hacia lo íntimo de nosotros mismos, y yo os prometo que descubriréis nuevas tierras de belleza y alegría eterna, como nunca pudiérais hallarlas en ningún viaje ordinario.

Sin embargo, no puedo prometeros que el camino sea llano. Si queréis descubrir la Verdad habréis de sufrir, pasaréis a través de heladas soledades y a través de sufrimientos mentales.

Siempre significa sufrimiento el alterar la placidez de nuestras mentes, y es mi propósito sacudir hoy mismo vuestra comodidad mental, si no hubiera sido todavía perturbada. Para lograrlo, podré poner ante vuestros ojos unos pocos hechos científicos muy elementales. La ciencia no puede prestaros la ayuda final para hallar aquella tierra de realidad; pero, puede contribuir en mucho a trastornar la calma mental en que nos atascamos muchos de nosotros.

Vivimos tan seguros de nosotros mismos y de este mundo que nos rodea, que no queda ningún misterio en pie. Estamos completamente seguros de hallarnos dentro y de que, alrededor nuestro y en oposición, aparece el mundo que tanto conocemos.

Estamos seguros de nosotros mismos: pero, ¿quiénes somos nosotros? No somos lo que éramos en el pasado, porque éste se fué. No somos lo que seremos en el futuro, porque éste todavía no ha llegado. ¿Qué es, empero, el presente? No tiene duración. Mientras os hablo ha pasado. No dura tan siquiera la fracción de un segundo, ni la millonésima parte de un segundo; consiste solamente en una línea matemática que divide el pasado del futuro. No tiene existencia. Ahora bien, si mi ser pasado huyó, si mi ser futuro todavía no ha llegado y mi ser actual no tiene existencia, resulta que yo no existo en absoluto. Ni vosotros tampoco existís. Con esto he dispuesto yo de mi auditorio entero y de mí mismo. Aparentemente, ninguno de nosotros existe y esto habría de ser suficiente para despertar al fin en nosotros un sentido de aventura, un sentimiento de que hay algo que nos precisa descubrir.

No obstante, todavía debo añadir mucho más. Todos estáis cómoda o incómodamente sentados en el suelo y poseéis la convicción de que esta tierra sólida y bella está a vuestro alrededor. Podéis sentirla: si levantáis las piedras notaréis su dureza, su pesadez y su solidez y todos sabéis que este buen mundo, viejo y sólido, está muy cerca de nosotros. Pero, cuando estudiamos algunos hechos científicos elementales, podemos ver que lo que llamamos materia está compuesta de unidades simples, y que estas unidades se describen como cargas de electricidad negativa que giran rápidamente, como planetas, alrededor de un centro de electricidad positiva. ¡Cuán inmaterial nos parece así la materia! Pensad en este mundo de hierro, madera, tierra, hierba, seres humanos, tal como lo vemos físicamente, consistiendo todo en cargas de electricidad negativa que gira alrededor de centros positivos. Todos habréis leído algo sobre esto; es un hecho elemental de la ciencia. Pero, no es suficiente leer para estar de acuerdo; si este simple hecho científico no puede conmoveros de manera tal que el mundo entero os parezca nuevo y extraño, será que no habéis leído, será que no habréis creído. La primera vez que

(1) Para una exposición más completa de la alocución del Dr. van der Leeuw, véase su nuevo libro, «La conquista de la Ilusión».

leyera, cuando niño, que no existe la materia como tal, recuerdo que durante semanas y meses después no podía descansar; necesité saber lo que era este mundo que parecía brotar a un mágico conjuro.

Leemos, escuchamos, asentimos y creemos; pero, todo esto no significa nada si no sacude y modifica nuestras vidas. Leemos en estos libros de ciencia elemental que nunca se establece el contacto entre dos de estas cargas de electricidad negativa y la conclusión de esto es que nuestros cuerpos humanos no pueden tocar otra cosa, y que ni tan sólo estamos ahora en contacto con la tierra. Si eso no os turba, cuando oís que la tierra en que os sentáis no os toca, ¿qué cosa es la que pueda alteraros? Son hechos muy simples; todos los hemos leído muchas veces; pero, es de importancia extraordinaria que los dejemos roer en la misma médula de nuestros huesos, que alteren nuestra calma de forma que no conozcamos el reposo, hasta que hallemos la verdad y la realidad.

Vosotros objetaréis, sin embargo, «A lo menos yo *veo* el mundo. Veo a mi alrededor muy bellos árboles, el azul de los cielos, las verdes hojas. Aquel mundo, tal como yo lo *veo* en torno mío, tal como mis sentidos me lo muestran, debe ser real sin duda alguna». Volvamos, no obstante, a sacudir nuestra comodidad mental en lo que a esto concierne.

La ciencia nos enseña que hay una vasta e ilimitada escala de vibraciones en el aire y en el éter. Nuestros sentidos responden a pequeños grupos que se hallan por todas partes, y estos grupos, en cuanto se transforman en percepciones sensoriales, se nos aparecen como luz, sonido, calor y así sucesivamente. Pero si tuviérais un grupo de sentidos que no correspondieran a las vibraciones a que ahora respondéis y lo hicieran, en cambio, a otra suerte de grupos vibratorios, vuestro mundo no tendría nada de común, entonces, con el mundo que ahora veis a la vera vuestra. Si dos seres así se encontraran, el uno dotado con nuestros cinco sentidos y el otro con sus cinco o más sentidos, al comparar los puntos de vista, ambos clamarían por la realidad de su mundo. ¿Cuál de los dos tendría razón?

Ahora bien. Todos habéis leído estas cosas simples; pero, ¿qué cambio ha producido en vuestras vidas? Hechos son, estos, que habrían de trastornar la placentera visión que nos hemos forjado del mundo. Vamos a analizar el proceso de la percepción sensorial y veremos la medida de realidad que posee dicho mundo.

Consideremos nuestro sentido visual y veamos lo que pasa cuando miro yo este árbol verde. La ciencia dice que el ojo es alcanzado por una vibración, que esta vibración es enfocada, a través del cristalino, sobre la retina sensitiva, detrás del ojo, y que allí tienen lugar ciertos cambios moleculares, estructurales y químicos. Entonces se opera un movimiento a lo largo del nervio óptico hacia la materia gris del cerebro, correspondiente al sentido de la vista. Luego tiene probablemente lugar en el cerebro un cambio químico. Pero, después de todo esto todavía no hay imagen del árbol verde. No ha penetrado todavía en mi cerebro. En mi cerebro hay tinieblas, y aunque una imagen cualquiera pudiese entrar en él, nadie hay allí que pueda verla. Lo último que conocemos es la posibilidad de un cambio químico en la oscuridad de la gris materia del cerebro. Y luego, súbitamente, yo, la conciencia individual, noto la presencia del árbol verde.

¿No os parece que se encierra aquí algún misterio? Después tomamos esta imagen del árbol verde y la proyectamos, puede decirse, en el lugar de la desconocida realidad. La colgamos en la clavija de lo ignorado; vestimos aquel mundo de cosas desconocidas con las imágenes que brotan en nuestra conciencia y a todo esto le llamamos «el mundo». Nosotros, empero, debemos ir todavía más lejos. Por las vibraciones que afectan mi vista, los mismos ojos, mi cuerpo entero, todo, en fin, me es conocido en la misma forma. Desconozco su verdadero ser.

Tan sólo les percibo tal y como aparecen en mi conciencia.

No conozco nada que no sea mi propia conciencia. Es uno de los descubrimientos más terribles que hacemos cuando comprendemos que cada uno de nosotros vive solo en el mundo de su propia conciencia, y que todo lo que conocemos de nuestros compañeros, todo lo que sabemos de la realidad que se halla más allá de nosotros, es la imagen que surge en nuestra conciencia, la certidumbre que allí se ha formado. Esto se aplica no solamente al árbol verde, sino que también a nuestros propios cuerpos, que vemos y sentimos de un modo parecido. Lo mismo puede decirse de aquello a que damos el nombre de universo externo.

No os limitéis a escucharme, antes bien, intentad realizar en vosotros mismos el significado de

lo que os estoy diciendo. Si no os produce un choque, si no modifica vuestra vida, será porque no habréis comprendido.

Cada uno de vosotros hace su vida en el mundo de su conciencia, conoce solamente lo que ocurre en esta conciencia. Vosotros preguntaréis: «¿Es este mundo, entonces, una mera creación mía? ¿Es mi sueño? ¿Es mi fantasía? Estos árboles, esta naturaleza, mis compañeros todos, ¿no son quizás otra cosa que objetos de mi creación?» ¿Cómo podrían serlo? Si lo fueran podríais cambiarlos a voluntad. Si algunos de vuestros amigos os molestaran, bastarían con que dejáseis de crearlos para que se fuesen de vuestra vista. ¡Cuán vacío se nos antojaría entonces el mundo! Podéis ver por vosotros mismos que el hecho de ser impotentes para modificar estas imágenes a nuestro gusto, demuestra que hay una realidad que opera en nuestra conciencia. Y, como resultado, estas imágenes aparecen en mi conciencia y yo les llamo el mundo.

Podríamos definirlo de esta manera: Aceptad por un momento que existe este mundo, el mundo de la realidad eterna, en el cual las cosas se hallan en su verdadero ser. Podéis imaginaros este mundo como un punto matemático. Aquella realidad eterna es todo lo que siempre fué, todo lo que es, y todo lo que jamás pueda ser, en su verdadera naturaleza, invariable, permanente, en absoluta unidad. La interrelación de cosas en este mundo real, su «acción» sobre mi conciencia, produce en la esfera de la misma la imagen que yo llamo «el mundo». Para mí, esta imagen del mundo es la realidad. La contemplo como si fuera el mundo mismo, todo el tiempo en que es mi representación, mi imagen del mundo. Cada una de los millones de criaturas que tienen su verdadero ser en aquel mundo de la Realidad, tendrán su experiencia de aquella realidad eterna; cada uno de ellos proyectará en el mundo de su conciencia su imagen del mundo, y es a este juego de sombras a lo que llamamos «realidad». Eso es todo lo que conocemos del mundo.

Cuando pienso nuevamente en aquel árbol, puedo dibujármelo en el mundo de la realidad como un punto matemático, teniendo dentro de sí, todo aquello que en mi conciencia o en cualquiera otra conciencia pueda producir la imagen del árbol. Es tan sólo en mi conciencia donde tiene lugar la existencia de este árbol con sus tantos pies de altura, su pesantez, su aspereza al tacto, sus colores y su papel en el tiempo y en el espacio. Es con todas estas cosas con lo que yo interpreto la eterna realidad. Es este un tremendo hecho que nos incumbe comprobar en lugar de limitarnos a asentir. No se trata de un cuadro intelectual en rompe-cabezas en el cual todas las piezas encajen bien. Es algo que debe comprenderse y experimentarse en la propia conciencia para ver como se transforma en algo tremendo.

Podríais objetar ahora. «Oh, entonces, todo este mundo que veo no es nada más que mi ilusión». Muchos son lo que dicen esto; pero, es una frase vacía de sentido. Vosotros mismos no lo creéis. Podéis decir que este mundo de materia es ilusión, que el tiempo y el espacio son tan sólo una ilusión, pero, os contradecís constantemente en cada una de vuestras acciones. ¿Cómo podéis suponer que el espacio sea una ilusión, cuando alguno de nosotros tuvo que hácer seis mil millas de viaje para llegar a este campamento? Yo os aseguro que no se trataba de una ilusión. Y luego, ¿cómo podéis decir que el tiempo sea una ilusión, cuando, si hubiérais llegado una semana demasiado tarde, no hubiérais hallado este campamento? ¿Cómo os atrevéis a decir que la materia es una ilusión cuando suena la hora de comer? Negamos la verdad de estas frases en nuestras vidas diarias, y es muy peligroso usarlas sin creer realmente en ellas.

¿Qué es entonces la ilusión, este *maya* que hemos de conquistar? No es la imagen que brota en mi conciencia, ni mi interpretación del mundo —la cual tiene una relación vital con la realidad que la produce—, sino el hecho de olvidar, yo, la relación de aquella imagen conmigo mismo. Esta es la gran ilusión. Cuando veo y oigo este mundo, con sus colores, sus sonidos, su solidez, sus visos de realidad, olvido que es mi interpretación, la imagen de mi conciencia, que sólo puede existir *en relación* con mi propia conciencia individual. Quitamos la imagen de aquella conciencia, la colocamos en el exterior y así construímos lo que es relativo dentro de aquello que es absoluto. Y cuando esto está hecho, ponemos en marcha toda la serie de desengaños y sufrimientos que obsesionan la vida del hombre.

Así nace la forma. Lo que llamamos forma, el mundo de las formas, no es otra cosa que la imagen del mundo puesta en lo externo, la cual estaría perfectamente bien en su lugar como parte y parcela de mi conciencia. Pero, cuando la quito de ésta y la coloco fuera de mí, aparece a mi alre-

dedor como una diversidad embarazosa, como múltiples formas, todas aparte de mí, todas diferentes. Y en el medio de este mundo de diversidad aparezco yo. Entonces las formas «exteriores» reclaman para sí una naturaleza *absoluta* que no les es propia por derecho, puesto que tan sólo existen como *relativas* a mi propia conciencia. De ahí nace la ilusión. De ahí nacen todos los problemas que han obsesionado a la religión y a la filosofía. De ahí nace también el deseo. Empezamos a contemplar y a desear estas formas que constituyen nuestra exteriorizada «imagen del mundo», que hemos expulsado de nuestra conciencia. Nuestra vida se convierte en un juego de estas formas. Y entonces, el objeto de nuestra vida se halla allí, en medio de este mundo de formas; es allí donde buscamos sostén, donde buscamos autoridad, esforzándonos en guiar nuestras vidas por medio de libros y maestros. Luego, en la prosecución de la vida, buscamos cosas de este mundo de formas; necesitamos poder, posesiones. Necesitamos poseer estas cosas que se nos antojan tan en absoluto reales y nuestra vida se orienta hacia las cosas que anhelamos tener; necesitamos ligar estas cosas a nosotros.

Si habéis experimentado en vosotros mismos lo que acabo de deciros sobre la forma, veréis cuán triste, cuán imposible es este juego de sombras. Jugamos con la imagen que proyectamos momentáneamente en nuestra propia conciencia. Jugamos con la imagen que, en nuestra ilusión, hemos sacado de nuestra conciencia, haciéndola por lo tanto absoluta, independiente, en lugar de relativa. Luego brotan monstruosidades; luego el tiempo y el espacio—que tienen un derecho perfecto en nuestra imagen del mundo, en tanto los tenemos por relativos a nuestra conciencia—, se transforman en cosas absolutas. Hablamos de las cosas como si tuvieran lugar en el tiempo y el espacio; damos a las cosas un principio y un fin objetivos en el tiempo. Vemos a éste como a un rollo que hay que deshacer y consideramos al espacio como extendiéndose más allá de las estrellas más lejanas; pensamos en la separatividad, en esta diversidad, como en algo real. Y con esto, ponemos los fundamentos, no de pocos, sino de miles de problemas que nunca serán resueltos, pues que todos se fundan en esta básica ilusión en que desconectamos nuestra propia imagen del mundo, de la conciencia donde tiene su único lugar de existencia.

No obstante, nuestro engaño todavía va más lejos. No contentos con haber levantado estos innúmeros problemas filosóficos sobre la inmortalidad del alma, la justicia de la vida, el libre albedrío, la relación entre el espíritu y la materia, todo lo cual arranca de la ilusión, empezamos a contestarlos, cosa que todavía es mucho peor. Cuando demandamos la solución de estos pseudoproblemas, basados en la ilusión, quedamos condenados por nuestra propia demanda. Nos mareamos a nosotros mismos como prisioneros de la ilusión, al pretender resolver problemas que emanan de ella.

Si comprendemos esta ilusión, vemos que el camino hacia la realidad, el sendero hacia la verdad, el atajo que ha de llevarnos lejos del tumulto del deseo y la obsesión de este mundo externo, no puede hallarse fuera. No debemos tomar estos problemas en su valor aparente. Primero hemos de buscar la realidad, y en tanto no la hallemos, en tanto no penetremos en este reino de paz y libertad, haríamos mejor en dejar estos problemas a un lado. Es una forma de sacrilegio querer contestar problemas, resolver el misterio de la vida, cuando ni siquiera realizamos la existencia de tal misterio. Mientras seamos prisioneros en el mundo de nuestra conciencia, no podemos demandar estas cosas que sólo pueden contemplarse a la luz de la libertad.

Todos conocéis la imagen de la cueva de la «República» de Platón, donde los prisioneros están ligados al suelo con cadenas y solamente ven las sombras que se posan en la pared del fondo. No pueden mirar hacia atrás, no pueden ver los objetos que se mueven frente a las aberturas de la cueva. Sólo pueden ver sus sombras y como son ellas todo lo que ven, este es su mundo. Es todo lo que conocen. Construyen su ciencia de la vida extrayéndola de estas sombras. Y, si uno de ellos pudiera levantarse y volver su cara hacia el otro lado, descubrir la abertura de la cueva, salir a la luz gloriosa del sol y volverse atrás para decir a sus compañeros de cautiverio: «Vuestro mundo no es real; hay un mundo del cual estas formas no son más que las sombras», se dirían: «Está loco. Nosotros sabemos bien que este mundo es un mundo real. ¿No es el mundo de nuestros antepasados? Acaso, ¿no ha correspondido siempre a la visión que habíamos forjado de él?» Y si el otro les dijera que mirasen hacia atrás, sus palabras carecerían de sentido. No conocerían la dirección, pues sólo habían conocido la que tenían frente a ellos.

Lo mismo puede decirse de nosotros. Estamos limitados en esta caverna de nuestra conciencia; sólo nos es dado ver el juego de las sombras, las imágenes que brotan en esta conciencia. Y si alguien nos dice: «Volveos, atravesad la boca de la cueva, que es el centro de vuestra conciencia, ved lo que hay más allá y hallad el mundo de la realidad», le decimos: «Pero, ¿dónde está? ¿Está aquí? ¿Está allí? ¿Hacia dónde debo moverme? ¿Adónde puedo ir para encontrarla?» Nosotros sólo conocemos la dirección de nuestro espacio y la imagen de nuestro mundo exteriorizado, y si os decimos: «Buscad dentro de vosotros mismos», difícilmente hallaréis sentido en las palabras. Toda nuestra vida se pierde en la contemplación de nuestra imagen del mundo, mirando nuestra propia proyección, y por eso, cuando se nos dice que este mundo de realidad yace dentro, nos sentimos perdidos y no sabemos cómo ir allí.

Y, sin embargo, el camino para ir a tal lugar es muy sencillo, si bien es un camino que a pocos de nosotros gusta. La primera condición necesaria para hallar aquel camino es el silencio y la soledad. Ahora bien, a nosotros no nos gusta el silencio. Hablamos muchísimo sobre el maravilloso don de la palabra, si bien en ciertos casos el hablar es maldición, en tanto las palabras velan la realidad que no pueden expresar. ¿No sabéis todos vosotros que los momentos más grandes de vuestras vidas carecen de palabras? En presencia de la muerte no habláis; y tampoco habláis cuando vuestras alegrías o penas son realmente grandes. Cuando habéis perdido a un amigo que os era caro y volvéis a hallároslo después de luengos años de aflicción, ¿váis a su encuentro y le habláis, acaso, en la forma convencional para preguntarle: «¿Has tenido un buen viaje? ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu familia?» No; le miráis en los ojos y en aquel silencio vuestra alma habla a la suya con un lenguaje mucho más elocuente de lo que puedan hacerlo las palabras. El silencio es siempre, así, mucho más elocuente que el hablar. El verdadero don de la palabra consiste en la habilidad para guardar silencio. Mientras no comprendamos esto, mientras no podamos hallar el silencio en la confusión del ruido, no podemos esperar la entrada en ese mundo de realidad. Despreciamos al silencio. Y sin embargo, ¿no habéis notado alguna vez que, tras la inarmonía de un sonido, el silencio parece llegar como un bálsamo a curar las heridas del hablar? Si lo habéis sentido y habéis notado la fuerza que crea en vosotros, buscaréis el silencio y tan sólo en él podréis haceros fuertes.

La segunda condición requerida es la soledad. No la soledad del irse a esconder en una ermita y decir: «No veo a nadie y por lo tanto estoy solo». ¿Cómo podéis estar solos? ¿Cómo podéis hallar la soledad si todavía seguís considerando este mundo de sombras como el mundo de la realidad? ¿No hallaréis, acaso, en vuestro alejamiento un retiro poblado por las sombras de vuestros pensamientos y emociones? ¿Cómo podéis estar solos mientras obsesionen vuestros días y en tanto os perturben? La verdadera soledad lo mismo puede hallarse en medio de la multitud que en el retiro. La verdadera soledad debe ser interna y no meramente física, externa.

El primer paso para hallar la soledad consiste en cesar de contemplar la imagen del mundo que proyectáis en torno vuestro. Volved vuestras caras hacia el otro camino; hallad el centro desde donde se proyecta la imagen e intentad pasar a su través. Debéis renunciar a la imagen que os envuelve; a todos los niveles del mundo externo; al juego de vuestras emociones y deseos; al deslumbrante desdoblarse de vuestra imaginación y de vuestro pensamiento siempre variables. Y entonces hundíos en lo profundo de vuestra vida interna, como se hunde el buzo en las verdes y frías profundidades del mar. Siempre pensamos que debemos lograr las cosas por medio de un tremendo esfuerzo; pero, es completamente lo opuesto cuando de hallar el mundo interno se trata. Debemos abandonar toda tensión, todo esfuerzo y entrar. Hundíos en vuestra propia conciencia hasta que lleguéis al centro donde no hay nada, donde vosotros mismos no *sois* más. Incluso debe cesar la contemplación de vuestra propia conciencia, cuando hayáis conquistado las limitaciones externas de la forma física, de la emoción y del pensamiento. La misma conciencia y el mismo yo deben renunciarse, de suerte que lleguéis, dentro de vosotros mismos, al gran Vacío donde nada hay. Ningún amigo puede seguiros hasta allí, ningún instructor puede guiaros, ningún libro puede ilustraros, ninguna ceremonia puede daros sostén, nada, ni nadie puede ayudaros.

Si teméis enfrentaros con los terrenos de aquel Vacío, no podéis esperar alcanzar el mundo de realidad que le trasciende. Yo he conocido aquel Vacío y conozco la Realidad que está tras de él. Y puedo deciros con certeza que es imposible alcanzar ese mundo interior, ese mundo de reali-

dad, a menos que estemos dispuestos a atravesar la helada soledad de aquel vacío que mora en nuestra propia conciencia; a menos que estemos dispuestos a morir dentro de nosotros mismos para luego vivir realmente.

Ahora podéis ver por qué sólo puede haber un camino para ir a la realidad. Podéis tener temperamentos varios; algunos podéis ser artistas; otros científicos; otros gobernantes; otros más, sacerdotes; podéis recoger vuestras experiencias en el vasto reino de la vida en múltiples formas. Pero cada uno de vosotros ha de llegar al momento en que, por vuestro propio sendero, habréis de atravesar el vacío de vuestro propio centro de conciencia, con objeto de alcanzar la Realidad. Yendo por otros caminos podréis obtener muchas cosas bellas y espléndidas; pero, si deseáis lograr la realidad, la vida, la verdad, tan sólo hay un camino: el camino que conduce a vuestro mundo interior. A menos que paséis a través del vacío y la interna desolación, no podréis hallar la plenitud de vida ulterior. Pero, cuando paséis más allá, sabréis qué cosa es la vida; entonces comprenderéis qué cosa es la paz y lo que la libertad, la belleza y la alegría pueden ser.

No consideréis esto como si fuera otro mundo; no penséis que tenéis aquí este mundo, que más allá hay otros mundos más bellos y que finalmente hay un mundo mucho más bello que es este mundo de la realidad. No busquéis colocarle en vuestras divisiones y subdivisiones del mundo, como hace la gente tan a menudo. No es un mundo en un sentido de espacio, ni aun más sutil. Todas las palabras son insuficientes para describirlo. Y aun la frase «entramos en este mundo», es errónea. Desde el momento en que pasamos a través de aquel vacío que existe en nosotros mismos, ya no somos nosotros; ya no somos criaturas separadas, sino, la misma realidad. En aquel Nirvana no hay ningún lugar para el pronombre personal; no existe el yo; no hay criaturas separadas; hay tan sólo la realidad; no hay más que el uno Eterno, que es el pasado y el futuro y que es a la vez todos los mundos que han sido, los que pueden llegar a ser y los que son.

Aquella realidad es así de simple. Es el único mundo. No hay dos mundos; ni dos realidades; no hay un mundo de realidad y otro de ilusión; no hay nada más que la Realidad, una absoluta y eterna, sea el que fuere el nombre que quisiérais darle. Esta Realidad es todo lo que fué, todo lo que puede ser, todo lo que es, un Presente eterno. En él nos hallamos nosotros; en él se halla toda brizna de hierba y todo árbol—no como nosotros los vemos, sino en su propia y verdadera naturaleza, en su ser esencial. Hay unidad absoluta; es tan sólo en nuestra conciencia donde surge este juego de separatividad a que llamamos «el mundo». Unicamente tiene existencia con relación a nosotros; el mundo real es uno, indiviso, eterno y absoluto.

Nada importa tanto como alcanzar aquel mundo en que la ilusión ya no existe. Hablamos de nuestra vida y de nuestra evolución; pensamos en nuestro pasado y nos vemos en el futuro. Pero, en aquel mundo, nuestro ser real es eterno; es nuestro pasado y nuestro futuro como realidad presente. Aquel es nuestro verdadero ser, el ciclo completo de «evolución». Aquello a que llamamos «nosotros mismos», no es más que lo variable de la parte crucificada de nuestro ser eterno.

He aquí por qué la evolución no tiene principio ni tiene fin. El tiempo sólo existe con relación a nosotros. Lo que llamamos evolución es autorealización. Realizamos nuestro propio ser eterno y a eso le llamamos creciente realización, evolución. Tenemos sueños de lo grandes que seremos un día y creemos que una vez alcanzada aquella grandeza, todavía aparecerá a nuestros ojos una visión más espléndida, y que en cuanto ésta se actualice, todavía vislumbraremos una visión mayor. Y a eso decimos: «¡Qué magnífico concepto!» Y nos engañamos a nosotros mismos. Puede que alguien dijera también: «He aquí un grano de polvo; mirad a este vasto mundo; contemplad las estrellas; ved la Vía Láctea. Y luego considerad a la Vía Láctea como un grano de polvo perdido en otro universo. ¡Qué magnífico concepto!»

¿Pensáis, acaso, que os hacéis más magníficos por el hecho de amontonar cantidad sobre cantidad, grandeza sobre grandeza? La verdadera magnificencia y la verdadera grandeza yacen dentro desde siempre, si quisiéramos tan sólo desgarrar este velo del tiempo y entrar en lo eterno por medio del presente.

Somos nosotros todo lo que siempre fué, todo lo que un día pueda ser y todo lo que es. No hablemos más, por lo tanto, sobre el futuro de lejana grandeza, como de algo que sea de importancia para nosotros.

Lo mismo puede decirse cuando hablamos del universo y pensamos en el gran Ser que lo creara. ¿Qué otra cosa es, esta creación del mundo, sino, su realización de su propio ser eterno, dentro del

cual tiene lugar nuestra propia realización? Es por esto, otra vez, por lo que nunca podréis hallar un principio a la creación y por qué nunca habrá un fin para ella. Todos los principios y términos objetivos son parte de nuestro tiempo exteriorizado. Una vez esto conquistado, ya no hacemos más estas preguntas.

Clamamos por la inmortalidad; pero, ¿qué queremos significar? Queremos vivir para siempre en el tiempo. Queremos permanecer en alguna forma glorificada. Demandamos que esta miserable ilusión de la parte crucificada de nuestro ser eterno, sea hecha inmortal. Si quisiérais, empero, renunciar a vuestro sueño de inmortalidad y penetrar en lo eterno, hallaríais algo, a la luz de lo cual, la inmortalidad se convierte en un vano y vacío soñar. ¿Cómo pediríais la inmortalidad si hubiérais experimentado lo eterno? En esta experiencia no hay lugar para el temor, ni tampoco para la esperanza, puesto que es certidumbre.

Aquel mundo—la única realidad, la única alegría la única libertad y la única paz—, está esperando desde siempre dentro de nosotros mismos. Pero nosotros corremos adelante sin cesar; siempre vivimos atentos al próximo momento. Creemos que alguna vez acabaremos algo y olvidamos que el único lugar y el único momento en que puede alcanzarse lo eterno, es aquí y ahora. Hemos de rasgar el presente; sólo en él se halla la puerta secreta que conduce a lo eterno. Hemos de rasgar el tiempo y el lugar en que vivimos. Y entonces descubriremos la omnipresencia de lo eterno. Lo buscamos en lo distante, en el lejano futuro; y la puerta de nuestra prisión se halla abierta incesantemente dentro de nosotros mismos. No nos es dable verla y permanecemos prisioneros de nuestra propia imagen del mundo.

¿Deseáis realmente libertaros de aquella prisión? Porque, si es así, vuestro deseo no debe consistir en un mero anhelo. Muchos de nosotros quisieran alcanzar la verdad, la realidad, la vida y la libertad. Pero, este deseo no es otra cosa que un objeto que toma un lugar en su vida, al lado de otros muchos objetos; si no logramos uno, logramos otro. Y de esta manera nunca llegaremos. Conocéis seguramente la historia del aspirante a la sabiduría que se fué a un yogi Hindú, rogándole le admitiera por discípulo. Al principio el yogi rehusaba, pero, al insistir el joven, contestó: «Venid conmigo», y le condujo a un pequeño estanque detrás de su morada. Una vez allí le mandó penetrar con él en el agua y le retuvo sumergido durante unos instantes. Cuando el discípulo salió a la superficie medio ahogado y palpitante, el yogi le preguntó: «Cuando estábais debajo del agua, ¿qué era lo que más deseábais?» Y el otro contestó: «¡Aire, quería aire!» «Pues bien, repuso el yogi, cuando deseéis la verdad y la realidad con tanta intensidad como deseábais el aire cuando estábais debajo del agua, entonces solamente podréis alcanzarlas». ¿Deseáis vosotros la Realidad de un modo parecido? ¿La deseáis en forma tal que la vida se os antoje imposible a menos que la poseáis?

Cuando empezamos a ver que nada de lo externo en el camino del conocimiento puede darnos la verdad, es cuando empezamos a hollar el sendero que lleva a la Realidad a través de nuestra conciencia. Pero, el deseo de la verdad, el deseo de la vida, el deseo de la Realidad debe ser la única nota dominante en nuestras vidas. Si todo lo demás no se supedita a ella, si todo lo demás no pasa a un plano secundario, no podéis esperar alcanzarla. Por lo tanto, si decís que deseáis esta libertad, esta realidad y esta paz, pensad si realmente la deseáis. Si es así, vuestra vida se hará muy diferente. Nada más existirá y entonces triunfaréis.

Dentro de nosotros se halla abierta la puerta de nuestra cárcel. La mayor parte de nosotros no saben siquiera que viven prisioneros y creen que nuestra prisión es un mundo maravilloso de libertad. Los que conocen su condición de prisioneros, generalmente se quejan y dicen: «Estamos sujetos; ¿no podrá libertarnos nadie?» Pero, el secreto grande y trágico consiste en que la puerta de la prisión está siempre abierta. Siempre lo estará si nos decidimos a pasarla y a lograr la libertad.

¿En qué consiste, empero, esta libertad? En oír el cántico de la vida en todas las cosas, en los árboles que vemos, en el firmamento que nos cubre, en el mundo que nos envuelve. Somos el canto de la vida, la canción de lo eterno. Sólo puede haber libertad en lo eterno que no tiene segundo. Nunca podrá haber libertad en aquello al lado de lo cual existan otras criaturas. Nada más que el Uno, solo, eterno, absoluto, es libre. En él nos espera, pues, nuestra libertad, nuestra paz y nuestra dicha. Está a nuestro alcance si trascendemos el presente que nosotros hemos forjado, si atravesamos la abierta puerta de nuestra conciencia y entramos en aquel mundo donde existe la libertad, la paz y la felicidad que nunca más podrá perderse.

LA AUTORIDAD Y EL MÉTODO EMPÍRICO

POR EL PROF. E. A. WODEHOUSE, M. A.

Es curioso observar cuán poco se ha estudiado el aspecto psicológico de la autoridad, considerando la importancia que tiene en la vida de todo movimiento espiritual. La autoridad de que se trata aquí no es una autoridad cristalizada, fortificada y establecida por el tiempo y la tradición, sino la autoridad impuesta por un director o maestro espiritual durante su propia vida. Se habla a menudo de semejante autoridad como si fuese una cosa impuesta, y lo es, en cierto sentido. Pero esta imposición no es un acto único ni inicial. Es el resultado natural de un proceso largo y complejo, que puede resumirse así: antes de que la autoridad sea impuesta debe ser ganada. Y aun cuando llegue a ser ganada, nunca lo es en el sentido de una finalidad absoluta. Puede haber, en realidad, como fruto de una gran cantidad de experiencia anterior, una presunción enorme en su favor. Pero esta presunción tiene que ser confirmada y reconfirmada, y nunca estará completamente libre del comentario del juicio privado.

Lo que ocurre cuando se pretende tener cualquiera clase de autoridad espiritual es que inmediatamente empieza a enfocarse sobre ella una luz mucho más fuerte que la que jamás haya brillado sobre un trono. Se convierte en el blanco de todas las miradas. El más ínfimo detalle relacionado con ella se observa y se pesa en la balanza, y a la luz de esta vigilante inquisición es juzgado con la más estricta severidad. Tal vez resulte duro que esto sea así, pero al mismo tiempo es natural. La luz de la crítica que se abate tan implacablemente sobre la autoridad es la salvaguardia instintiva de la humanidad. Es la forma que tiene la mente de asegurarse contra el peligro de ser engañada.

Todos los directores espirituales tienen que sujetarse a esto; y el legítimo conductor espiritual la acepta como parte de las inevitables condiciones de su destino, y ni trata de suprimirla ni de escapar de ella. Comprende que la fuerza de su situación debe depender, en último extremo, de la aprobación de su propia valía y no en lo que de él se diga; y se da bien cuenta de que los hombres, si no han olvidado como usar de su inteligencia por completo, no juzgan un director por su reputada fama espiritual, sino antes bien por su propia opinión de esa fama y por lo que personalmente han llegado a saber de dicho director. Todos los juicios son, en esta esfera, finalmente empíricos, así lo reconoce. Están construídos sobre una larga serie de diminutas observaciones, y solamente llegan a establecerse como generalidades después de un proceso tan gradual y tan sutil que se hace casi imperceptible. Cuando se llega al final a conceder la presunción en favor de la autoridad, de una manera definida, no se puede considerar esto como un acto aislado de alabanza, sino como la consumación de mil actos semejantes, cada uno de los cuales ha sido tomado en cuenta y registrado en el momento en que aconteció. Este hecho, como ya se ha dicho, es reconocido voluntariamente por el verdadero director, y no comete la torpeza de atribuirlo ni a obstinación ni a maldad. Sabe que no brota de ninguna de estas cosas, sino de la intensa necesidad psicológica de obtener seguridad. Semejante escrutinio es tan natural a la mente como lo son al cuerpo los movimientos de los brazos y de las piernas del nadador cuando se cae accidentalmente en agua profunda. Y puesto que es automático, nada puede constreñirlo. Y lejos de que una autoridad cualquiera llegue a contenerlo, precisamente la pretensión de autoridad lo estimula a una mayor actividad.

El director que tiene la conciencia de su derecho auténtico a dirigir, siempre estará listo, por consiguiente, a someterse a las demandas de arbitraje, que son, no solamente naturales, sino inevitables. Cierto que puede saber más de esto que sus secuaces, y que ellos pueden carecer de medios directos de confirmar este conocimiento; pero éstos tienen siempre medios equivalentes o indirectos que consisten en deducciones sacadas de la observación de él mismo y que no se refie-

ren tanto a certezas abstractas cuanto a probabilidades razonables. Así, si cuanto han llegado a observar en él los ha conducido a creer fuertemente en su honradez, llegarán a aceptar de él muchas cosas que no pueden por sí mismos ni probar ni impugnar. Y no puede haber más envidiable situación que la del director que ha alcanzado semejante confianza. Pero nunca debe olvidarse que es algo que tiene que ser ganado, y que nada, ni en el cielo ni en la tierra, puede aliviarlo de esta dura condición. En último análisis, todas las cosas, o casi todas, descansan en el hombre mismo como pivote o eje central. En asuntos de autoridad absolutamente no hay juicios *a priori*. La mayor parte de ellos están basados sobre la experiencia práctica, y tienen que ver menos con la verdad misma que con las credenciales aprobadas del portador de la verdad. Tal es la condición a causa de las imperfectas leyes de la naturaleza humana, al tratarse de la propia defensa en la comunicación de la verdad de un ser humano a otros. A medida que el mundo envejece y que el hombre va desenvolviendo sus poderes latentes, se hace posible el establecimiento de métodos de confirmación más directos. Pero en el estado en que las cosas se encuentran, probablemente los métodos indirectos son los más seguros de que se puede disponer.

El efecto de todo esto es el hacer la comunicación de la verdad una operación mucho más compleja en la práctica que en teoría; y esta dificultad la palpan indudablemente todos los directores espirituales al tratar de dar el conocimiento real a los que saben de ello menos. Hay verdades que ellos conocen y que saben que otros deben compartirlas también. Y al mismo tiempo danse perfecta cuenta de que por deficiencia en la directa percepción, hay muy poca esperanza de que esas verdades sean aceptadas (particularmente si se trata de una verdad extraña o difícil de comprenderse), sino por medio de un complicado proceso mental de comprobación y que en mucha parte nada tiene que ver con la verdad abstracta, sino con toda clase de asuntos colaterales que tiendan, ya a robustecer o a debilitar el sentimiento de confianza personal; y el resultado es que de esta manera el asunto principal se ve a menudo empantanado en los asuntos secundarios, y se hace la verdad dependiente de factores de los cuales es independiente por su propia naturaleza. El director espiritual iluminado es, en suma, confrontado a cada paso por el problema del origen y la validez. Teóricamente es incorrecto creer que cualquier aserto debe ser juzgado con referencia a la fuente de donde procede, y el ejemplo citado a menudo de que los ebrios dicen las verdades puede ser sumado como argumento para sostener esta situación. Al mismo tiempo, ésta es la forma en la cual todos juzgan en general en asuntos referentes a las verdades espirituales y cómo se ve todo el mundo precisado a juzgar en la naturaleza del caso.

Es obvio, por supuesto, que cuando se encuentran en el mismo sentido las pretensiones de un probado valor personal y de los razonamientos abstractos, el problema se simplifica enormemente. Porque entonces los factores esenciales que obran para la aceptación están de un solo lado, y el asentimiento surge, naturalmente, como una especie de veredicto sintético de esta complejidad. La verdadera dificultad está en donde se encuentran los factores abstractos y personales, o en donde se palpan en una especie de oposición; y esto puede existir hablando ampliamente de dos maneras. Ya sea que la objeción que se lanza para su aceptación sea lo bastante razonable en teoría, pero sus deducciones personales den lugar a la sospecha; o cuando la persona o personas interesadas sean de tal clase que las gentes sientan inclinación a tenerles confianza; pero la objeción que se pide sea aceptada, es de tal naturaleza que dé nacimiento a cierta vacilación. Existe, por supuesto, una tercera manera en la cual la situación puede presentarse, y es cuando, tanto lo expuesto como el expositor, son igualmente dudosos. Pero de esto no hay para qué tratar, puesto que está clara la forma en que habría de darse el veredicto empírico al presentarse semejante combinación.

Reduciéndonos a los dos primeros casos solamente, se verá pronto cuán embarazoso problema surge necesariamente; y no hay seguridad de poder dar una respuesta completamente satisfactoria a la cuestión de cuál es la forma mejor de tratar estos problemas. Casi todo depende de las circunstancias especiales del caso, puesto que no hay dos casos iguales precisamente y existen innumerables graduaciones relacionadas con el superficial crédito que se puede dar, tanto a las personas como a sus aserciones, que necesariamente influirán en el juicio. Hay una cosa cierta, sin embargo, y es que en todos los casos de esta clase el método empírico será excepcionalmente activo y exigirá pruebas de mayor peso en la

precisa proporción con el grado de duda excitada por cualquiera de ambos factores.

Y esto sucederá no por hostilidad ni por el deseo de causar molestias, sino tan sólo porque toda su naturaleza a ello lo impele. Hablando psicológicamente cualquiera mente que esté en la plena posesión de sus facultades, es, por ese mismo motivo, escéptica. Puesto de manera más clara; es escéptica porque es una mente. Y esto resulta igualmente cierto ya se trate de que el pensamiento sea rechazado ya aceptado; porque la aceptación, en estos casos, nunca es ciega. El cambio del escepticismo a la creencia es un proceso en el cual cada paso, desde el principio hasta el fin está dictado por el escepticismo mismo.

Siendo esto así es evidente que el asentir a cualquiera demanda, en las difíciles circunstancias que se han mencionado, solamente puede llegar por una rigurosa aplicación del mismo método que primeramente señaló la dificultad. Y la salida más corta de semejante aceptación será obviamente la de libertarse, empíricamente (si esto fuera posible) del elemento de incertidumbre en el que la dificultad tiene su raíz. Y esto significará en los dos casos alternativos a que me he referido, ya sea el apaciguar por métodos empíricos, la incertidumbre acerca de las personas interesadas que nos impide aceptar una afirmación que en otras circunstancias consideraríamos como aceptable, o la acumulación gradual de juicios, basados en el estudio y la observación, tendientes a sugerir la creencia en una aseveración, que ordinariamente sería rechazada como extravagante e improbable; que en este caso particular sería probablemente cierta. El asunto, pues, está en si hay algún método de lograr esta salida corta que será una que el empirismo aceptará prontamente, y que por igual se aplicará a ambos casos.

Posiblemente una prueba de esta clase nunca será satisfactoria por completo, en el sentido de cerrar mecánicamente toda oportunidad de decidir malamente. Porque el empirismo juzga, como está obligado a juzgar, puramente por inferencias; y nada hay que demuestre que esa inferencia, no importa cuán fortificada pueda estar por los argumentos, sea al fin, equivocada. Pero hay una prueba, es que está tan cerca de ser satisfactoria como lo puede estar prueba alguna, y es que el resultado parece ser favorable, puede ser tomada como una justificación suficiente para el asentimiento. Y ésa es la actitud de las personas que están implicadas en cualquiera afirmación, hacia el método empírico. Mucho puede aprenderse de la observación de cómo las personas están dispuestas a tratar el inevitable escrutinio al que su situación los expone. ¿Reciben bien la inquisición o no la reciben bien?, ¿la buscan o la evitan? ¿Es algo que parecen temer o que por el contrario tratan con una ligereza que revela seguridad? Con las respuestas a estas preguntas el empirismo puede construir, quizá con la más completa certidumbre posible dentro de las circunstancias, su veredicto de asentimiento o de disentimiento.

Como una ilustración de cómo esta prueba puede obrar en uno de los dos casos alternos arriba mencionados, es decir, en aquel en que las credenciales personales sean todo lo deseables posible, pero la presentación de naturaleza asombrosa y completamente excepcional. Permítaseme tomar un ejemplo bien conocido: Cuando Krishnají entró en esta misión de enseñar, las circunstancias eran tales que había que hacer un llamamiento a la más intensa autoridad posible, si él hubiera querido hacerlo de esta manera. Pero con la sorpresa de todo el mundo y hay que imaginarse que dándoles con ello también instrucción, en el momento en que estuvo libre para seguir en propio camino, lo tomó en una dirección completamente opuesta. En lugar de luchar, o de amenazar con el método empírico, deliberadamente lo invitó. Rehusó sacar ventaja de su posición como ocultista y en lo que le fué posible suprimió toda referencia a dicha posición, tanto en público como en privado. Mas aún, todos sus esfuerzos estaban encaminados a apartar la atención de las gentes de sí mismo y a enfocarla sobre el mensaje de que era portador. «Juzgadlo por sus propios méritos, les decía constantemente, y no permitáis que las opiniones o creencias que tengáis acerca de mí, se interpongan entre vosotros y vuestro honrado veredicto acerca de él». Y nunca ha cesado de poner a las gentes en guardia contra toda clase de aceptación ciega, que se funde no en la verdad misma, sino en teorías o especulaciones recónditas, acerca de las cuales el hombre o la mujer ordinarios nada saben de primera mano.

Y ¿cuál ha sido el resultado? El mismo método que él ha puesto en juego ha pronunciado su veredicto en su favor. Las gentes han llegado a creer en él, por la simple razón de que no ha

hecho el menor esfuerzo para reforzar esta creencia. Porque convienen, no sin razón, que el maestro que tan dispuesto está a desafiar el escrutinio nada tiene que temer de dicho escrutinio. Y arguyen algo más, a saber, que toda su línea de acción demuestra de manera convincente que él está más interesado en su mensaje que en sí mismo. Y así es como han aprendido a tener confianza en él. Confían en él por la ausencia de toda pretensión personal. Y al hacerlo así, hacen uso de una línea de razonamiento que es claramente natural y recta y que hubiera sido igualmente sana si, bajo diferentes circunstancias, se hubiese aplicado con resultados totalmente contrarios.

Si, por ejemplo, Krishnají hubiera mostrado signos de ansiedad para defender su posición personal; si la hubiese defendido con amenazas obscuras, deslizando la sugestión de que el ponerla en tela de juicio podía traer tremendas y desastrosas consecuencias, si... pero, ¿para qué proseguir en una especulación en la que no hay para qué pensar? Baste con decir que si ésta hubiese sido la actitud observada por él, muchos, ya con razón o sin ella hubiesen sentido la duda, y en cambio, ahora convienen con él sin vacilación. Hubiera habido algo que, para el oído empírico no hubiese sonado como verdadero. Se hubiera sonado una nota discordante la que, inmediatamente habría puesto al intelecto en guardia; y el método empírico, trabajando con su crueldad acostumbrada, se hubiera apoderado de esto y formulado sus propios juicios de conformidad.

El hecho de que se haya decidido de muy diferente manera, tal como están las cosas, es debido al hecho no de que haya sido alejado, sino de que haya sido aplicado en este ejemplo, con un rigor peculiarmente implacable. Y este es un hecho que todos debieran recordar, especialmente aquellos que se sienten inclinados a juzgar que el empirismo, si se deja a sí propio, puede llegar a la negación. Quienes piensan en esta forma se olvidan de dos cosas: Una es que, la mente por regla general está sinceramente deseosa de llegar a la verdad. La otra es que esa duda, lejos de implicar hostilidad o crudeza, es, generalmente el resultado directo de esta ansiedad por conocer la verdad. Porque donde hay un deseo de saber, el único medio de obtenerlo es por medio de la implacable exploración de todos los elementos de incertidumbre.

Nunca puede negarse lo bastante enfáticamente y a menudo, que un juicio al que se llega por este medio demande para sí infalibilidad, puede ser equivocado y los mismos que lo hacen lo reconocen así con frecuencia. Pero este es un peligro que tienen que correr, no precisamente porque lo deseen, sino porque no tienen nada más seguro, y al mismo tiempo tan a mano para substituir el método usado. Todo lo que se puede decir de tales juicios es que son a menudo correctos, y que casi siempre son honrados; y que en defecto de su conocimiento directo, una persona puede tener más probabilidades de decidir con verdad por medio de ellos que sin su ayuda.

Finalmente, si la sanción más alta posible se requiere para un método, las palabras del Señor Buda en una ocasión bien conocida bastarán:

«No creáis una cosa—dijo—que yo os diga, simplemente porque la diga yo. Creedla tan sólo porque vuestro sereno juicio os diga que es cierta.» El método empírico no puede pedir ni recibir mejor carta de recomendación que esta.

Por especial concesión del Trust Editorial de The Star tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que, a partir del próximo mes de diciembre, La Estrella empezará a publicar en sus páginas el interesantísimo folleto del Sr. Krishnamurti, titulado en inglés: *Let Understanding be the Law*. Que ha sido traducido al castellano con el nombre de *Sea la Comprensión vuestra Ley*. A reserva de publicarlo más tarde en la forma de folleto separadamente.

Sección de Revista del Boletín Internacional
y de otras ediciones de THE STAR

En esta Sección aparecerán los artículos del Boletín Internacional y de las demás ediciones de «The Star» que tengan interés especial para los lectores de LA ESTRELLA, así como glosas y comentarios de los mismos.

EDITORIAL

Durante los últimos diez y siete años hemos estado en espera del momento en que Krishnají empezara a enseñar. Durante todos estos años la expectación de que él empezaría a dar ideas más adelantadas ha ido creciendo. En lo que aquella enseñanza consistiría, nadie se atrevió a predecirlo. Muchos mantenían la esperanza de que sus particulares puntos de vista encontrarían en Krishnají un apoyo; pero ha sido completa y definitivamente reconocido por todos los que mantenían la expectación que la enseñanza en sí, dirigida a la Humanidad y al más seguro futuro no podía en modo alguno ser predicha. Que sería básica, de gran alcance, sobresaliente, sencilla, magnífica, tales eran las tácitas suposiciones.

Ahora puede decirse que Krishnají ha empezado su trabajo, trabajo que es sencillo, magno, sobresaliente, de gran alcance, y mucho más aún. No se amolda a forma alguna, y, sin destruir, destruye todas las ideas establecidas; sin minar, y de una manera definitiva, derroca. Es sin forma, aunque dinámico, y está cargado de todas las posibilidades que de lo bueno se hayan podido soñar.

Durante las tres semanas precedentes al Campamento de la Estrella en Ommen, Krishnají habló a una gran asamblea en el Castillo de Eerde. Cada día, ya en sus charlas o cuando respondía a las preguntas, sus principios gradualmente se hacían más inteligibles. Pronostica la aparición en el mundo por vez primera de un nuevo tipo de hombre verdaderamente civilizado, y bosqueja sus características. A medida que oíamos nacía en nosotros un entusiasmo, entusiasmo que iba creciendo cada día más. Y no era uno de esos inestables entusiasmos que proceden del momento, sino uno de esos otros que dimanan de la certidumbre. A medida que el tiempo del Campamento se aproximaba y su poder se hacía clarísimamente definido, se adquiría la certeza, como nunca antes, de que un Instructor del Mundo estaba entre nosotros.

Todo recordaba la antigua aserción budista de que un día vendría otro Instructor al mundo y que su enseñanza sería gloriosa en su origen, gloriosa en el climax y gloriosa en la meta.

Nosotros nos internamos en el futuro con el conocimiento que el trabajo de Krishnají ha definitivamente empezado.

R. L. C.

EL TIEMPO HA VENIDO

por LADY EMILY LUTYENS

Todo Congreso y todo Campamento ha tenido su nota especial, una atmósfera peculiar propia. Las palabras que encabezan este artículo representan para mí la nota saliente del Campamento de 1928. Krishnají lo recalcó en su discurso de apertura. «El tiempo ha venido en que vosotros debéis escoger», y los miembros se dispersarán y volverán a sus respectivos países con esas palabras resonando en sus corazones y mentes. El tiempo ha venido para todos nosotros en que una gran y seria decisión entre un muerto pasado y un vivo futuro ha de hacerse. ¿Vamos a permane-

cer cogidos y retenidos por las pasadas creencias, por las pasadas tradiciones, o vamos a sumergirnos y como bravos nadadores crear en ese océano de la vida que Krishnají ha hecho visible a nuestros ojos? ¿Vamos a estar entre la compañia de los vivientes, la cual marcha al frente del edificio de la nueva edad, o debemos permanecer en la «congregación de la muerte», transigiendo con nosotros mismos, probando de conciliar aquellas cosas que no pueden ser conciliadas?

Cuán extraño parece que durante diecisiete años hayamos estado esperando al Instructor del Mundo, a quien nosotros mismos hemos proclamado el Maestro de ángeles y de hombres, el Maestro de todos los Maestros, y ahora que él habla de aquello que está más allá de todas las formas, de todas las expresiones, nos sintamos heridos o coléricos, o estrictamente satisfechos. Él está haciendo que nosotros hagamos nuestro propio trabajo, mental y emocionalmente, y eso es lo último que esperábamos de él, y resultando una experiencia inusitada la encontramos dura.

Una de las preguntas hechas a Krishnají en el Campamento fué: ¿Debemos estar atemorizados de llevar vuestra enseñanza hasta el último extremo? Y esa pregunta encierra lo que muchos han estado sintiendo. Ellos han comprendido lo bastante del mensaje de Krishnají para conjeturar que es revolucionario en el sentido que debe significar una elevación en todo dominio del pensamiento, y con todo están asustados de confiar en su Verdad, dejando escapar todo lo demás. A menos que nosotros mismos nos engañemos no podemos retirarnos de este Campamento siendo los mismos que éramos al venir. Hemos sido llevados por Krishnají en su aeroplano y desde allí hemos contemplado nuestras vidas desplegadas debajo. Ahora bien, desde el aire se obtiene una vista de un paisaje enteramente diferente de la que se ha podido obtener cuando todas las cosas han estado al mismo nivel de nuestros ojos. La densa selva se nos presenta de pequeña extensión, surcada de sendas y salpicada de claros. La completa proporción de las cosas es cambiada. Los altos edificios parecen madrigueras de conejos; los vastos campos, jirones de tela. Cuando bajamos a la tierra los antiguos valores reaparecen, y nosotros nos encontramos una vez más perdidos en las selvas de nuestras propias complejidades, envueltos en las sombras que proyectan las vastas estructuras de nuestra propia creación. Pero debido a que hemos estado una vez en un aeroplano y hemos visto todas las cosas desde el punto de vista de las alturas, la memoria permanecerá con nosotros, y aun cuando los comunes acontecimientos de la vida diaria aparezcan más grandes y amenacen abrumarnos, recordaremos que hemos tenido una vez una visión diferente, que hemos visto todas las cosas desde otro ángulo y nada puede ser de nuevo completamente lo mismo. Una vez que hayáis volado, no os contentaréis con arrastraros eternamente sobre la tierra. La memoria de aquel vuelo en el diáfano aire del cielo, permanecerá con vosotros y os mantendrá perpetuamente descontentos.

Venimos a este Campamento con mucho equipaje en nuestras espaldas, buena parte del cual estaba hecho con arreglo a las queridas y permitidas tradiciones, amores y fidelidades. Con nosotros hemos traído nuestros familiares dioses, el sazonado o decadente fruto de todas nuestras experiencias.

Todos marcharemos habiendo dejado algo tras nosotros. Algunos, habiendo dejado cuanto trajeron, vuelven a casa desnudos y solos, y al destrozar sus principios, sienten la necesidad de reorientarse en un mundo en el que todos los valores han cambiado. Unos sienten una sensación de pálida desolación en la perspectiva; otros, una alegría y una libertad tales como nunca antes habían conocido. Otros empezarán al instante a recoger de nuevo los rotos trozos y a reedificarlos a la antigua usanza.

El conflicto se presenta ahora de una manera altamente seria y su seriedad es tal, que Krishnají la subraya en todos los mítins. Este conflicto consiste en el choque entre el pasado, con todas sus creencias, tradiciones y puntos de vista, y el futuro que nosotros mismos debemos crear. Si la tragedia puede estar asociada a uno que ha alcanzado la liberación final y la felicidad eterna, el lado trágico de este Campamento ha sido el camino en el cual el muerto pasado se ha levantado a cada momento para confrontar las nuevas ideas. Khishnají ha colocado ante nosotros el espejo de la Verdad, y en la superficie de aquel espejo hemos visto reflejado el muerto pasado, en vez de intentar ver la gloriosa visión del futuro que Krishnají nos invita a traer en el presente. En cada pregunta le apuñalamos con las palabras, «se ha dicho», «hemos sido informados». Él nos dice: «No aceptéis ninguna autoridad»; y nosotros decimos: «No podemos vivir sin autoridad, así es que, como no podemos comprenderos, vol-

veremos al pasado hasta que encontremos alguien que nos diga lo que queréis decir o lo que debemos hacer», o bien, «os comprendemos perfectamente e impondremos esa comprensión a otro».

Krishnají dice: No hay más Dios que el manifestado en el hombre. Y nosotros decimos: «Estáis equivocado. Hay un Dios, a quien nosotros rogamos y conocemos y construímos altares para su adoración, altares que él bendice.»

Krishnají dice: Ninguna ceremonia es necesaria para conseguir la espiritualidad. Si vuestro deseo es ganar la cumbre de la montaña yo os enseñaré el camino más corto. Venid. Y nosotros contestamos: «El directo sendero es para vos, el sendero de las ceremonias para nosotros. Además, el mundo necesita nuestras ceremonias, las cuales generan fuerza para su ayuda. Vuestro camino es demasiado sencillo y demasiado difícil.»

Krishnají habla de la unidad de la vida y nosotros decimos: «Veis, nosotros podemos ahora unir todas las expresiones de la vida. Krishnají lo ha dicho. Nosotros podemos conciliarlo todo, y de este modo ejecutar la unidad, de la cual él hábla.»

Y de este modo la obscura sombra del pasado se deslizará y nos cubrirá la superficie de la Verdad.

Pero en todo caso, algunos de nosotros saben que el pasado no es más que una sombra, sombra que sólo puede esconder la faz del sol para aquellos que desean permanecer en ella. El pasado ha muerto, y sólo se interesarán por él aquellos que estén muertos. Enterrémosle, sin pena o ceremonia.

El Campamento ha terminado, y sólo cada uno de por sí puede decir lo que ha significado para él. Krishnají nos ha dicho que cuando nos reunamos el próximo año, no debemos poner este Campamento, que ya ha pasado, en conflicto con el que ha de venir. Pero aunque sigamos diferentes ideas, sean los que fueren nuestros modos o puntos de vista, estoy segura de que todos guardaremos y atesoraremos en nuestros corazones la memoria de aquella última noche alrededor de la hoguera del Campamento. La gloria de la situación, el cielo esplendente de glorioso carmesí, los tormentosos nubarrones añadiendo su belleza a medida que rodaban majestuosamente por el horizonte dejando tras ellos la serenidad, la llama saltando hacia el cielo en una erguida columna, y de pie, en la reflejada luz de aquella llamá, la esbelta figura con el dedo en alto, y la sonora voz hablando a todos nuestros corazones: «¡Uno más grande que vuestros libros, que vuestros ritos, que vuestras religiones, que vuestras creencias, está aquí!»

Si conseguimos llevarnos ese Uno por los caminos de nuestra vida, será igual que llevar la pura aguá de vida que apaga la sed del cansado mundo.

IMPRESIONES DEL CAMPAMENTO DE LA ESTRELLA

OMMEN, 1928

«¡Qué Campamento tan feliz!» «¡Qué bien ha ido todo!» Estas eran las exclamaciones que se oían por todas partes. A pesar de las frías noches y algunas húmedas horas, a pesar del mucho buscar y cavilar; qué feliz Campamento. El sol brillaba cuando llegamos, y para bendecir nuestra partida brillaba también. Qué dichoso ha sido encontrarse con amigos de los diferentes extremos de la tierra; qué adorable resulta renovar antiguas amistades y crear otras nuevas. El Campamento es un gran punto de encuentro en el camino de la vida, donde se rompen los viejos eslabones y se forjan otros nuevos.

Y con cada año nuestro Campamento asume más y más la apariencia de una ciudad-jardín. Los jardines se están desarrollando alrededor de los permanentes edificios y dan una impresión de estabilidad completamente separada del mantenimiento con el espíritu de la Estrella.

El idioma es una barrera que existe aún entre nosotros, y los anuncios son traducidos en cuatro idiomas distintos, cosa que resulta algo molesta. Los errores de traducción, no exentos de probabilidad, nos realzan aún más la falta de comprensión. Habiéndome metido en una reunión donde se iban a dar traducciones, quedé sorprendida

al encontrar en una de ellas «¡el cachorro del león de Krishnají se ha convertido en un cordero!» Quizá llegue el día en que en nuestros Campamentos nos sentemos en perfecto silencio y Krishnají hable a nuestras mentes sin mediar palabras. En tal caso no necesitaríamos de altavoces, que después de todo no hacen más que desfigurar su voz, y en modo alguno daríamos una interpretación burda de sus palabras, como muchas veces lo hacemos ahora.

La Dirección del Campamento ha hecho maravillas para hacer el lugar cómodo y hermoso. Su esplendida organización se acrecienta eficientemente cada año y el Campamento, a pesar de los innumerables problemas que tiene que resolver, marcha suavemente como sobre bien lubricadas ruedas.

Pero la mayor proeza del Campamento ha consistido en la publicación de los dos folletos titulados *La Vida como Objetivo* y *Que la comprensión sea la Ley*. Habiendo estado entre bastidores, quizá me sea permitido hacer la historia de aquellos dos esfuerzos hercúleos que hizo el Organizador-Jefe.

Cuando Krishnají decidió hablar en francés y supo que su discurso sería profusamente esparcido por Europa, juzgó necesario componerlo de antemano para los fines de la traducción. Durante la Asamblea del Castillo de Eerde previa al Campamento, Krishnají estuvo dando charlas por las mañanas en días alternativos, y el asunto de estas charlas lo incorporó al folleto *La Vida como Objetivo*. Y entonces la cuestión de imprimir una cantidad tan grande como sería requerida, tan en breve, se presentó. Afortunadamente el señor Rajagopal tiene en el Sr. Tulp de Zwolle el más eficaz de los impresores, así es que la tarea fué realizada y el folleto se puso a la venta en el Campamento la tarde del sábado del 4 de agosto. Cerca de cinco mil ejemplares se vendieron en dos horas, y pedidos de miles de ellos se hicieron durante el Campamento.

Pero aun tenía que hacerse un esfuerzo mayor y más tenaz. El lunes, día 6 de agosto, Krishnají dió un mitin sobre «preguntas y respuestas». A las tres de la tarde, del mismo día, el Sr. Rajagopal tuvo la inspirada idea de que aquellas preguntas y respuestas debían ser impresas y publicadas antes de la clausura del Campamento. Así es que se estableció en su despacho y mandó buscar los necesarios colaboradores. Cuando llegó el impresor, que había sido llamado por teléfono, pues se encontraba en Zwolle, se le preguntó si podría hacer lo imposible. Como un perfecto aventurero contestó que lo imposible había siempre apelado a él. Y aquel espíritu consumó la aventura. Debido a esto, todos los del Campamento pudieron llevarse consigo una exacta idea de algunos de los importantes problemas relacionados con los asuntos que en la actualidad inquietan las mentes de muchos.

Pero para demostrar que se esperaba aún más del Organizador-Jefe de lo que siempre ha sido capaz de hacer, basta citar el hecho de que cinco minutos después del segundo mitin sobre preguntas y respuestas, hubo quien se presentó en la librería en demanda del libro que trataba sobre las mismas.

¡Bien, el próximo año, quién sabe, se efectuarán milagros más grandes!

Emily Lutyens

¡Pero hay tantas impresiones! Del cáliz de las Escrituras se dice que «abruma y lacera».

Para mí ha llegado una nueva comprensión de la Vida. La Vida está en el Inmortal Amador, quien nunca nos permitirá marchar antes de que él cumpla su propósito para con nosotros. Y como contestación a esto, algo, antes desconocido, se ha despertado cantando en el corazón y en la mente.

Y con esta nueva comprensión de la Vida hay una comprensión más profunda de la Belleza. No sus manifestaciones, por muy queridas que son y siempre serán a mi alma. El sol poniente, los bien alados pájaros, los balanceos de las altas copas de los pinos, la música y la magia de los bosques, nada de esto, sino la Cosa en Sí. Yo lo busqué tan pronto como pude correr por un jardín, y sólo lo he visto unas cuantas veces. Una vez, en el Palacio de Marfil, de Delhi; otra en nuestros bosques ingleses, y otra, en los ojos de una prostituta. En toda mi vida no lo he visto más que estas tres veces, pero desde que estoy en Eerde lo he visto más de una vez.

Yo podría hablaros de la transformación de todos mis sentimientos, haciendo de mi mundo un lugar más limpio, aclarando mi manantial ordenado, pero algo turbiamente desesperado. Yo podría hablaros de cómo ese Diablillo del Cielo que el hombre llama Humor, construye su morada de arco iris entre nosotros, y con risotadas hace placenteros todos los comunes caminos de la vida.

Ved lo lleno que está el cáliz. Diríase que debe desbordarse e inundar toda la tierra.

Sí, yo podría hablaros de adorables cosas; pero no voy a hacerlo.

Voy a hablaros de otra cosa que he sentido en el Campamento. Voy a hablaros de vergüenza. Lo siento, pero, lo mismo que las cosas adorables, está en mi corazón.

En el número del Boletín correspondiente al mes de agosto, que tan ansiosamente todos compramos y del que tanto recibimos, hay un parrafito diciéndonos que durante el Mes de Ofrenda en cuanto al trabajo de nuestra Orden la cantidad requerida no había sido conseguida, y expresaba una generosa confianza de que eventualmente sería dada. Yo he preguntado sobre esto el último día del Campamento, si hemos sido merecedores de esta confianza, y se me ha contestado que no parece probable de que lo sea.

Durante diez y siete años nuestra Orden ha estado preparando la venida del Instructor del Mundo. Y creo que hemos sentido y confiado que debíamos disponernos a ser los portadores de su mensaje al mundo. Y aunque durante esta semana nos hemos dado perfecta cuenta de que, hasta que consigamos comprensión no podemos obtener aquello a que hemos aspirado, resulta que aun somos privilegiados sobre los demás hombres, por cuanto se nos ha dado la primera oportunidad para proveer los medios que permitan al mundo oír sus palabras de vida o leer lo que ha dicho.

Y nosotros no aprovechamos esta oportunidad.

Le preguntamos la manera de ayudarle o impedirle que haga él su trabajo, y acabamos por obligarle a que nos pida la más mínima ayuda de todo, y no la prestamos.

Tomamos todo cuanto podemos conseguir de él. De su Sabiduría, todo lo que somos capaces de comprender; de su vida, todo lo que podemos ansiosamente asir. Pero nuestra mano está vacía para él.

Hemos dejado de aprovechar la primera, aunque insignificante, ocasión en que pudimos ayudarle. Yo no sé cómo esta, para mí terrible y vergonzosa cosa ha ocurrido. Pues si realmente pensáramos sobre el particular, si descendiéramos hasta el lecho de la roca, ¿encontraríamos las gentes de la Estrella algo mejor en qué gastar nuestro dinero?

Ada Barnett

Empezando con el material punto de vista, diré que, en mi concepto, este Campamento ha conseguido un éxito franco, y que sus organizadores en los años anteriores encontraron que las cosas iban más despacio de lo que usualmente debían ir, sin duda por la creciente experiencia, tanto en los varios departamentos de trabajo como en la mayoría de los dos mil quinientos congresistas. La Dirección recibió algunas cartas de congratulación, siendo especialmente apreciados los auriculares para sordos y el hospital. No cabe duda que aun queda lugar para la perfección. Se recibieron quejas sobre la Compañía Americana del Exprés por ser deficientes sus servicios. Yo comprendo, sin embargo, que la excepcional cantidad de equipaje que los congresistas han traído este año hacía la organización de partida más difícil de lo usual. Y ¿qué vamos a hacer de los molestos, sin querer, vecinos, de los roncadores? Una presunta víctima sugirió la idea de que debían proveerse tiendas especiales para estos elementos perturbadores. ¿Pero confesarían estos delincuentes su culpa o admitirían la delicada prohibición, y en caso afirmativo a qué distancia deberían emplazar las tiendas a fin de evitar el ruido de tal colectiva orquesta?

Excepto veinticuatro horas de diluviar, entre las tardes del 4 al 5 de agosto, y de tres horas de lluvia durante la mañana del 8, el tiempo incluyendo los importantes días de llegada y partida, fué considerablemente hermoso, pero las dos primeras noches fueron tan excepcionalmente frías que provocaron una inusitada demanda de mantas.

Según entiendo, las charlas y los mítines de preguntas y respuestas produjeron una profunda impresión en sus oyentes, especialmente, quizá, su discurso de apertura pronunciado en la mañana del 4 de agosto y los mítines arriba mencionados y pronunciados los días 6 y 8. Algunos, sin duda, fueron provechosamente transtornadores, mientras que otros fueron «según su punto de vista», inspirados. Rechazó toda intención de enseñar, pero todos aquellos con quienes hablé, de una manera directa o indirecta, mostraron estar profundamente impresionados, aunque de un modo distinto. Un joven, que por primera vez se encontraba en el Campamento, más con la idea de pasar las vacaciones que de otra alguna seriamente premeditada, me manifestó sus sentimientos de satisfacción por no haber empleado todo su tiempo en diversiones. Algunos parecían estar

como en negligente desamparo enmedio del Océano, después de una tempestad, cuando de un navío barre el puente y el timón ha sido arrastrado; otros estaban como si se hubieran aligerado de inútil lastre; y otros como si una vez más las frescas brisas estuvieran hinchando sus velas después de un período de estancada calma. Pocos, o quizá ninguno, de nosotros comprendieron realmente, pero el terreno ha sido seguramente abonado para una comprensión futura.

R. G. M.

ANNIE BESANT

por ESTHER BRIGHT

Con un sentimiento de profundo interés, gozosa consideración y confianza se contempla el tiempo transcurrido hasta el año en que Annie Besant y C. W. Leadbeater supieron que un ignorado muchacho oriental iba a ser un gran Instructor en toda la haz de la tierra. Consideremos hoy, cuando la esperanza de tantos miles se ha convertido en una viviente certeza, consideremos la poderosa fe, el valor, la fortaleza que fué necesaria para mantenerse firme y hacer la aterradora aserción de que una vez más el mundo iba a tener un Instructor.

Krishnají, un muchacho de lo más delicado y sensitivo que darse pueda, fué custodiado por su temporal guardiana, Annie Besant, con ternura, con reverencia, con amor y maravillosa esperanza.

«Yo medito las cosas en mi corazón», me ha dicho ella con frecuencia. Él no «sabía» que iba a ser el Instructor, pero como ella lo sabía, edificaba su vida sobre este conocimiento.

Krishnají ha sido tan espléndidamente verdadero; no hubiera aceptado nada de lo que de él hubiesen dicho otros, aunque fuesen de más edad que él; no hubiera creído en nada de lo creado con arreglo a las teorías y a los tradicionales pensamientos de sus antepasados. Él necesitaba encontrar la Verdad por sí mismo. Ella lo sabía y esperaba pacientemente, firme contra la incredulidad, el escepticismo, el ridículo del mundo.

Ella resistió por lo que sabía de la verdad, y resistió fiel y firmemente. ¿Cuántos de sus amigos y seguidores confiaron realmente en su juicio?

Ella ha intentado construirle bastidores, plataformas, es decir, corazones ansiosos que le amaran y sirvieran a él y sus ideales; la vida en estos bastidores hubiera sobrevivido, las formas hubieran sido aplastadas. Para mí es delicioso pensar que él no hubiera ido más allá por la mera afirmación de cualquiera, no hubiera consentido ser el blanco de la expectación de quien quiera que fuese. Su posición hubiese sido en verdad imposible de haber intentado hacerlo.

También él esperaba hasta conocerse a sí mismo, hasta convertirse en la Vida. «Yo soy la Vida», ha dicho de una manera sencilla, pero con gran poder. Ahora él no necesita de bastidores ni plataformas. Todo esto lo destroza, y lo único que necesita son corazones amantes.

«Esto no es el testimonio de un hombre», me dijo él el otro día. «Es el testimonio de todos los hombres», sugerí yo. «Sí», asintió él ansiosamente, «eso es».

Él quiere que cada uno de por sí encuentre y luego se una a la Verdad. Al unirse a la Verdad se unen con él. Sólo en este sentido quiere «seguidores».

Y ahora Annie Besant—¡Bendito sea su grande, bravo y amoroso corazón!—, a los ochenta y un años de edad, con una larga y gloriosa vida de gozo, amargura y servicio tras ella, ha vivido hasta ver este día. El Instructor en quien ella ha creído, ha surgido a través del crepúsculo y se ha presentado a la Luz.

¿No deben nuestros corazones desbordarse de amor y gratitud hacia ella?

Tenemos el placer de poner en conocimiento de los lectores de LA ESTRELLA que todas aquellas personas que abonen su suscripción hasta diciembre de 1929 inclusive, durante los meses de diciembre y enero recibirán como obsequio una hermosa fotografía del Sr. Krishnamurti, tamaño 10 por 15 cms., en traje oriental. Estas fotografías se venderán sueltas, al precio de UNA PESETA, mas gastos de envío.

SECCIÓN DE LA EDITORA

Desde el observatorio en el que forzosamente está colocado todo aquel que tiene en sus manos una empresa como la revista LA ESTRELLA *es frecuente darse cuenta de las palpitaciones del mundo, y a la mesa de redacción llegan, a veces, cartas que son altamente reveladoras del formidable surco que va abriendo en el dolor humano una publicación como ésta, cuyos fines son eminentemente espiritualistas y elevados.*

Constantemente encarezco a los agentes de LA ESTRELLA *que procuren enviar propaganda a las cárceles, y como resultado de esa altruista labor puedo hoy elegir, entre otras, una carta, de la cual entresaco algunos conceptos que demuestran claramente el formidable consuelo que la lectura de la revista puede llevar a la humanidad que sufre en cárceles, hospitales, etc., etc.*

La carta dice así:

«Mi caro amigo: Celebro mucho el acierto de enviarme la revista LA ESTRELLA, *pues su instructiva, científica y muy amena lectura ha logrado hacerme pasar muchos ratos en otro mundo menos materialista y prosaico, elevándome, en espíritu, a otras regiones.*

Con esta lectura me he hecho la ilusión de que la cárcel en que estoy no es otra cosa que un símil de la en que vive la humanidad en su mayor parte.

La libertad que el hombre cree gozar en las calles de las grandes urbes es mezqüina e irrisoria.

Generalmente el hombre habita en un claustro mil veces más molesto y con muchas más incomodidades que las que se padecen en estas relativas cárceles.

El hombre encerrado en su grosera y lujuriosa materia, cargado con todos los vicios anejos a su necedad y producidos por su estúpida ambición es mil veces más esclavo que aquel que logra elevarse, aunque no sea más que mentalmente, a otras regiones más bellas donde su espíritu se satura de libertad, belleza y armonía.

¿Qué importa que unos moren en palacios y paseen por jardines si van atados, encadenados con sus egoísmos y ambiciones?

En estas galeras de gruesos muros y fuertes rejas, a poco que se observe se da uno perfecta cuenta de cuán equívoco es el concepto que de la libertad se forman muchos hombres.

¡Qué sarcasmo!, ¡qué absurdo!, llamar libre al hombre que si bien puede mudar de posición no puede arrojar el lastre de sus vicios y concupiscencias y lleva su cuerpo agobiado y su espíritu encarcelado por sus ridículos egoísmos y vanidosas ambiciones.»

Hasta aquí la carta del cautivo, quien llegó al olvido de su propia prisión mirando con serenidad tras de sus rejas las cadenas que llevamos todos y que tan diligentemente quiere romper Krishnamurti.

Pueden ver los queridos lectores de LA ESTRELLA *que, en realidad, se puede hacer bien, procurando que cada día que pasa, un alma de los millones que tienen las manos en alto en demanda de pan de vida reciba por el generoso acto de un lector de* LA ESTRELLA *el santo alimento que ha de saciar su hambre.*

Personalmente es poco lo que podemos hacer, pero si orientamos nuestra vida y nuestros esfuerzos para servir de portadores de la luz, si ayudamos a que Krishnamurti se ponga en contacto con el mundo sin intermediarios, sin intérpretes, dejando que él se comunique con los hombres por mediación de esta revista que es el portavoz de su enseñanza, habremos colaborado a la más augusta labor de los tiempos actuales: la de hacer que la luz llegue a las conciencias para que el mundo resuelva por sí mismo sus dolorosos problemas sin intervención de ninguna de las fuerzas externas que son portadoras de muerte y dolor para los cuerpos y que no saben despertar las conciencias.

Agentes de LA ESTRELLA

ESPAÑA

ALICANTE . . .	D. Emilio Reig, Plaza de Isabel II (Librería).
ALMANSA . . .	D. Enrique Martínez Saus, Aniceto Coloma, 97.
BARCELONA . .	Doña Pepita Camprodón de Villard, Diputación, 168, 3.°, 2.ª.
BILBAO	D. Ricardo G. Gorriarán, Conde de Mirasol, 5 (Librería).
CARCAGENTE . .	D. Leandro Getino, Estación Férrea.
FRAILES (Jaén) . .	D. Antonio Castro, San Antonio, 9.
JATIVA.	D. Samuel Sanchís, Plaza de Postas.
ISLAS BALEARES.	Medina y Gelabert, kiosco de periódicos, Plaza del Olivar.— Palma de Mallorca.
LA LINEA (Cádiz).	D. Juan Benavente, Méndez Núñez, 1.
MADRID.	Doña María Rebeca Olano, Cava Alta, 11, bajo derecha.
MALAGA	D. Ricardo García de la Torre, Plaza de la Arriola, 20.
MANRESA . . .	D. José Saumell, Santa Clara, 21, 4.°, 1.ª.
MATARÓ	D. Rafael Cisneros, San Rafael, 31 (Relojería).
MELILLA	Doña Carmen Sierra de Almeida, Prim, 10.
NERVA (Huelva). .	D. Luciano González, El Callao, 3.
SABADELL . . .	D. Juan Mas y Roca, Argüelles, 82.
TARRAGONA . .	D. Francisco Menasanch, Conde de Rius, 12.
TARRASA. . . .	Doña Carmen Bendranas, San Isidro, 79.
TOLEDO.. . . .	D. Fernando Molina, Sillería, 20.
TORRES DE ALBANCHEZ (Jaén).	D. Juan Zamora.
VALENCIA . . .	D. Marcos Martínez, Clarachet, 11, pral.

EXTRANJERO

ARGELIA

D. Alfredo de las Peñas, 24, Boulevard Marceaux, 24, Orán.

REPÚBLICA MEXICANA

CIUDAD DE MÉXICO: D. F. Don Manuel Martiarena, Calle de Ocampo, 3

YUCATAN

CIUDAD DE MÉRIDA: Sra. D.ª Emilia Sales de Escalante, Ap. 136.

Se ruega atentamente a todos los señores Agentes se sirvan comunicar a esta Administración inmediatamente que reciban el envío de la Revista.

Se les suplica igualmente se sirvan hacer sus liquidaciones de venta de ejemplares y suscripciones mensualmente.

Se solicitan Agentes en las poblaciones de España no mencionadas en esta página. Escríbase pidiendo detalles a la Editora, Sierpes, 78, Sevilla.